

I. ARTICULOS

I

La rosa de seda¹

En un fabulario aún por encontrar será un día leída esta fábula: a una bordadora de un país lejano le fue encomendado por su reina que bordase sobre seda o satén, entre hojas, una rosa blanca. La bordadora, como era muy joven, salió a buscar por todas partes aquella rosa blanca perfectísima a semejanza de la cual bordaría la suya. Pero pasaba que unas rosas eran menos bellas de lo que le convenía, y que otras no eran blancas como deberían ser. Perdió días y días, llorosas horas, buscando la rosa que pudiese imitar con seda, y, como en los países lejanos nunca deja de haber pena de muerte, ella sabía bien que por la ley de los cuentos como éste, no podían dejar de matarla si no bordaba la rosa blanca.

Por fin, no teniendo mejor remedio, bordó de memoria la rosa que le habían exigido. Después de bordarla fue a compararla con las rosas blancas que existen realmente en los rosales. Ocurrió que todas las rosas blancas se parecían exactamente con la rosa que había bordado, que cada una de ellas era exactamente aquélla.

Llevó el trabajo al palacio y es de suponer que se casase con el príncipe.

En el fabulario donde viene esta fábula no trae moraleja. Porque incluso en la edad de oro, las fábulas no tenían ninguna moraleja.

2

Crónica decorativa²

La circunstancia humana de que yo tenga amigos hizo que ayer llegase a conocer al doctor Boro, profesor de la Universidad de Tokio. Me sorprendió la realidad casi evidente de su presencia. Nunca supuse que un profesor de la Universidad de Tokio fuese una criatura, ni siquiera una cosa, real.

El doctor Boro —creo que me cuesta doctorarlo— me pareció escandalosamente humano y parecido a nosotros. Atizó un golpe, que me esfuerzo para que no sea decisivo, en mis ideas sobre lo que es el Japón. Se vestía a la europea y, como cualquier simple profesor de la universidad de Lisboa, llevaba la chaqueta por cepillar. Aún así, por delicadeza, me di por enterado durante dos horas de su presencia cercana.

He de explicar que mis ideas sobre el Japón, sobre su flora y fauna, sobre sus habitantes humanos y sobre las varias modalidades de vida que les son propias derivan de un detenido estudio de varias teteras y tazas. Por eso nunca creí que un japonés o una japonesa tuviese más de dos dimensiones; y esta delicadeza hacia el espacio me proporcionó

¹ Publicado en *O Jornal*, núm. 1, el 4 de abril de 1915.

² Publicado en *O Raio*, núm. 12, Lisboa, 12 de septiembre de 1914. Aparece bajo el epígrafe: «Chronicas decorativas, I», aunque no tuvo continuidad.

una afición loca por ese país económico de realidad. El profesor Boro es sólido, tiene sombra —varias veces obligué a que mi vista lo verificase— y además de hablar y hablar inglés, coloca ideas y nociones comprensibles dentro de las palabras. La circunstancia de que sus ideas no comporten ni novedad ni relieve lo aproxima a los profesores europeos, terriblemente europeos, que conozco.

Aparte de esto, el profesor Boro tiene movimiento, se desplaza, ignoro cómo, de un lado a otro, lo que realizado ante quien siempre tuvo al Japón por una nación de estampa inmóvil y únicamente real en la transparencia de sus cerámicas, es esmeradamente ordinario y frustrante.

Hablamos de política internacional, de la guerra europea y realizamos incursiones a través de los diversos fenómenos literarios característicos de nuestra época. La ignorancia que el profesor Boro tenía del futurismo fue el único carbón para la mancha de su realidad moderna. Pero, ¿existe algún profesor de alguna Universidad de Europa que siga de cerca los movimientos del arte contemporáneo?

Dados los hechos que vengo explicando, se entiende que me mostrase avaro al preguntarle cosas sobre el Japón. ¿Para qué? Era capaz de verter en mi ignorancia una gran cantidad de falsedades. ¿Quién sabe si se atrevería a insinuar en medio de la conversación, como algo normalmente creíble, que en el Japón hay problemas económicos, dificultades de vida para ciertas personas, ciudades con tiendas reales, campos con cosechas como las nuestras, ejércitos realmente parecidos a los de Europa y con execrables perfeccionamientos científicos para guerras de verdad contemporáneas? En este punto él no dudaría tal vez en afirmar —con un cinismo que ni yo mismo puedo medir— que en el Japón los hombres tienen relaciones sexuales con las mujeres, que nacen niños, que la gente de allí, en lugar de estar siempre vestida como las figuras de la cerámica japonesa, se viste y desviste como si fuese europea. Por eso no tratamos del Japón. Le pregunté al profesor si había tenido un buen viaje, y él me contestó que no —como si un estudioso de la porcelana nipona como yo pudiese admitir que existan malos viajes para los japoneses, que —¡delicioso pueblo!— ni siquiera se toma el trabajo de existir. Las tazas se parten, no traen tormentas. La frase «una tempestad en un vaso de agua» o «en una taza», como dicen otros, es puramente europea.

Hubo una frase (casual, quiero creer, en el profesor Boro) que me molestó más que ninguna.

Hablábamos —yo, claro, con el desprendimiento con que se tratan los asuntos fantásticos— de la influencia de los mecanismos sobre la psicología del obrero, cuando se sabe —claro está— que el obrero no tiene psicología. Y el profesor se refirió a los progresos industriales del Japón y añadió unas palabras que me esforcé con mitad de éxito por no escuchar, sobre (creo) movimientos obreros en el Japón y un fusilamiento (supongo) de no sé qué jefe socialista. Hace tiempo —en una columna sin duda humorística de un diario— yo había visto un telegrama de Tokio mencionando algo en ese tono; pero, además de no creer que desde Tokio se manden telegramas —dado que Tokio no puede tener más de dos dimensiones—, nadie que como yo haya estudiado la psicología japonesa a través de las tazas y los platos, admite progresos de cualquier tipo en el Japón, industrias japonesas, movimientos socialistas y jefes socialistas, y encima fusilados, como cualquiera de los europeos que viven. Quien como yo conoce bien el Japón

—el verdadero Japón, de porcelana y errores en el dibujo— comprende bien la incompatibilidad entre el progreso, industria y socialismo, y la absoluta inexistencia de aquel país. ¡Socialistas japoneses! ¡Una contradicción flagrante! ¡Una frase sin sentido, como «círculo cuadrado»! ¡Como si lo inexistente no estuviese libre del socialismo! Aquellas figuras deliciosas, eternamente sentadas junto a casitas de su tamaño, a la orilla de lagos absurdos, de un azul imposible, frente a montañas totalmente irreales —esas maravillosas figuras con una perfecta y patriótica individualidad japonesa no pertenecen seguro al horroroso mundo donde se avanza y donde sobre el artista caen la morbidez de lo productivo y la barbarie de lo humanitario.

¡E intenta que desista de estas convicciones el profesor Boro, de la Universidad de Tokio! No desisto. No he gastado sosegados en la contemplación científica y estéril de teteras y tazas japonesas para ser engañado por la primera realidad que me echan ante los ojos. Lo más probable, respecto a este Boro, es que naciese en Lisboa y se llame José. ¿El, del Japón? Nunca.

¿Si por lo menos encontrase japonesa su cara? Nada absolutamente. Basta decir que era real y existió allí delante mío dos dolorosas horas en plena ocupación antiestética de todas las dimensiones aprovechables (por suerte sólo tres) del espacio auténtico. Su cara se parecía, es verdad, a ciertas fotografías de «japoneses» que las ilustraciones trajeron hace años, y de cuando en cuando reincidiendo traen; pero todos cuantos saben lo que es el Japón porque nunca han estado allí saben perfectamente que aquello no son japoneses. Y además, estas ilustraciones eran fundamentalmente de generales, almirantes y operaciones guerreras. Ahora bien, es absolutamente imposible que en el Japón haya generales, almirantes y guerra. ¿Cómo se puede fotografiar el Japón y los japoneses? La primera cosa real que existe en el Japón es el hecho de que está siempre lejos de nosotros, estemos nosotros donde estemos. No se puede ir allí, ni ellos pueden venir hasta nosotros. Concedo, si a ello me fuerzan, que exista un Tokio y un Yokohama. Pero no en el Japón, sólo en el Extremo Oriente.

El resto de mi vida de ahora en adelante estará escrupulosamente dedicado a olvidar al profesor Boro y que él —¡impronunciable absurdo!— se sentó en la silla que está ahora, en su realidad de madera, frente a mí. Considero en término este hecho, alucinatorio quizá, y me entrego con asiduidad a no acordarme más de él. ¡Un japonés verdadero aquí, hablando conmigo, diciéndome cosas que ni siquiera eran falsas o contradictorias! No. El se llama José y es de Lisboa. Hablo simbólicamente, claro está. Porque él puede llamarse Mac-whisky y ser de Inverness. Lo que seguro no era es un japonés real y posible visitante de Lisboa. Eso nunca. De este modo no habría ciencia, si el primer advenedizo viniese a negarnos lo que nuestros pacientes trabajos nos hicieron ver.

¿Profesor Boro, de la Universidad de Tokio? ¿De Tokio? ¿Universidad de Tokio? Nada de esto existe. Es una ilusión. Los inferiores a nosotros y los malos estudiantes han construido para no desorientarse un Japón a imagen y semejanza de Europa, de esta triste Europa tan excesivamente real. ¡Soñadores! ¡Alucinados!

Me basta con contemplar aquella bandeja, tomar cariñosamente con la mirada aquel servicio de té. ¡Que vengan después a hablarme de un Japón existente, de un Japón comercial y de un Japón guerrero! No fue en balde que, a través de esfuerzos consecutivos,